

pero el ministro de la Guerra, Salvador, que estaba furioso é indignado, le dijo al rey: «Señor, las tropas de V. M. han sido vencidas, es, pues, necesario, que se sometan á la ley que les impone la nación.» Los guardias al soltar sus fusiles los descargaron sobre los confiados milicianos que estaban arma al brazo, echando á huir por el campo del Moro y la punta de la Vega, en donde fueron alcanzados no pocos por los milicianos que estaban furiosos, pereciendo de una manera bárbara sin interesar á nadie su muerte.

Mientras este fin tenían tan vergonzosos y tristes sucesos, los embajadores extranjeros, bien convencidos de que el rey iba á pagarla, intervinieron colectivamente en su favor, declarando al gobierno que la naturaleza de las relaciones que en adelante tendrían sus respectivos gobiernos con España, dependerían de los tratos que se dieran á la familia real. ¡Intervención y protesta inútil! Nadie pensó en Madrid en tomar venganza de Fernando VII. Para esto hubiera sido necesario que ya tuviera Madrid sus Orleanes como los tuvo la hija de Fernando VII en 1868, ó que fuera siquiera posible un ensayo de república, pero los republicanos españoles no existían aún, si bien los absolutistas hablaban constantemente de ellos para hacer creer á Europa en un peligro por ellos combatido, con lo que esperaban ocultar á los gobiernos extranjeros su infernal política.

Los sucesos del 7 de Julio, sucesos que habían tenido un fin satisfactorio para la causa constitucional, tuvieron por vencedores á los valientes hijos de Madrid resueltos á defender la libertad, y por consiguiente no era posible que continuasen ni al frente de la nación los ministros que se habían dejado encerrar en palacio, ni al frente de Madrid las autoridades que se habían dejado sorprender por batallones sublevados.

Aunque parezca increíble fué necesario que el Ayuntamiento de Madrid exigiera un cambio de gobierno para que el ministerio Martínez de la Rosa se retirase, no porque quisiera continuar, sino porque el rey no le dejaba marchar y él no tenía energía para separarse del monarca que tan pérfidamente le había tratado y comprometido, y esto que aún se ignoraba hasta dónde llegaba la indigna conducta del monarca, pues mientras alentaba á Martínez de la Rosa para la modificación constitucional, escribía á Mataflorida, —1.º de Junio, —autorizándole solemnemente para llevar á cabo sus planes, esto es, en el sentido absolutista más puro, que es lo que dió por resultado el que éste principiara los trabajos,—4 de

Julio,—para establecer en Urgel una regencia, lo que tuvo lugar el 14 del próximo Agosto. Ahora no sólo había de desautorizar lo hecho, sino que para disculparse con Luís XVIII, á quien se había interesado en favor de la reforma constitucional, le escribía una carta,—23 de Julio,—humildísima y humillante pidiéndole perdón por su conducta y prometiendo su enmienda. Pero esto le costaba poco á Fernando VII; sólo á un hombre de honor le hubieran sido dolorosas y vergonzosas tales humillaciones, pero para Fernando, para quien todos los medios eran lícitos y para quien todo lo ocurrido no era más que un contratiempo, no sólo tales humillaciones no eran dolorosas sino que acudía á su encuentro, así viéndose obligado á cambiar de ministros avanzó resueltamente hacia sus más decididos contrarios, ofreciéndoles una reconciliación que éstos tuvieron la debilidad de creer sincera.

Llamó, pues, Fernando á Riego y se reconcilió con él de una manera pública y solemne. A San Miguel le confirió el encargo de instruir el proceso contra sus guardias de corps, y á sus hechuras; á los Castelar, Casa Sarria, Longo, Aymerich, y otros, les envió á provincias desterrados, confiriendo á López Baños, al compañero de Riego la formación del ministerio que á poco fué llamado por él «el de los siete niños de Ecija;» San Miguel se encargó de la presidencia del gobierno del cual formaban parte el clerófobo Navarro,—Gracia y Justicia,—y el abogado gaditano Vadillo.

Difícil era la herencia que recogía San Miguel, y la situación por lo delicada y comprometida necesitaba de un hombre no más liberal que él, sino de un hombre más grave, más decidido y más prudente de lo que lo era el jefe de Estado mayor de la columna de Riego en Cabezas de San Juan.

Limpió el gobierno de enemigos suyos la administración cuanto pudo, fué indulgente con los comprometidos de Julio, no hubiera hecho ejecutar la sentencia capital impuesta á Elio por los tribunales de Valencia á consecuencia de la sublevación de la artillería de dicha capital en la que resultó implicado, sentencia que ejecutó el pueblo asesinando al odiado general, pero nada de esto era bastante á levantar la energía moral del país delante de la guerra civil interior y de la guerra extranjera con que le amenazaba la Santa Alianza sobre cuyas intenciones no podía equivocarse San Miguel. En fin, se dejó pasar el resto del verano y parte del otoño para no extralimitarse y obrar de acuerdo con las Cortes, y ¿qué sucedió?

Abriéronse las Cortes en sesión extraordinaria el

1.º de Octubre, y ocho días después sesenta y seis diputados pidieron para el gobierno la dictadura en vista de lo que había ocurrido y de lo que se temía por parte de la Santa Alianza.

Contestó el gobierno presentando el día 12 de Octubre un proyecto que contenía diez y ocho resoluciones á cual más enérgicas para fortalecer su autoridad y acción, y estos proyectos pasaron sin oposición: exaltados y moderados una vez más se unían delante del enemigo común. ¿Cómo iba el gobierno á usar de la dictadura?

Tienen de mal estas situaciones violentas cuando se quieren imponer en nombre de la libertad y para la libertad, que si se hace callar á los enemigos, se deja en cambio en plena libertad de hablar á los amigos que se aprovechan de ella para proponer cada día al gobierno un plan para dominar la reacción. El vocerío de los que no tienen la responsabilidad del poder, ensordece pronto á una nación que no comprende como sus órganos legales se dejan imponer ó arrastrar, porque cuando en las calles se grita en las Cortes se calla, pues hay que atender á los clubs como si se tratara de conspiradores. Los clubs de Madrid á la sazón se desencadenaban contra los traidores y contra los soberanos extranjeros. Los clubs tenían razón. Los que habían conspirado contra la Constitución eran sin embargo tantos, que para castigarlos á todos era necesario llegar á una revolución extraordinaria, cuando la actividad y fuerzas de cada individuo se centuplica. Habían conspirado el rey y sus hermanos contra la Constitución, y contra la Constitución habían conspirado sus ministros. Aquéllos para abolirla, éstos para modificarla; unos y otros habían sido traidores á la ley del Estado, porque los ministros podían honradamente haber reclamado la modificación constitucional á las Cortes en vez de pedirla á la intervención francesa. Era, pues, necesario ó hacer justicia severísima ó renunciar al proceso que se seguía por los sucesos del 7 de Julio. San Miguel cayó en esa fatal política de los enérgicos de mentirijillas que creen que con tener bajo la acción de la justicia á sus enemigos se les impone silencio y resignación. No hay postura más cansada que la de tener los brazos levantados en alto; ó dar ó no levantarlos. Como San Miguel no quería dar, se fatigó en vano y no tuvo fuerzas llegado el momento de tener que desplegarlas. Dejó que el fiscal del proceso Paredes, arrastrado por el vocerío de los clubistas se fuera á fondo y dictara el encarcelamiento de Martínez de la Rosa y demás ministros y llegara á extender los mandamientos de prisión contra los hermanos de Fernando VII; im-

prudentes y peligrosas medidas que dieron por inmediato resultado una especie de disolución de hecho de las Cortes de cuyas sesiones se retraían los moderados. Desde este momento el gobierno quedó sólo con los suyos. Muchos de los que habían votado su dictadura para salvar la libertad y la independencia nacional, temieron más que nunca por una y otra, y se fueron á buscar componendas hasta con los realistas. Ciertamente, no se puede negar que el gobierno tenía el deber de llegar hasta el castigo de los autores del 7 de Julio fueran quienes fueran, y de castigar á sus autores y cómplices directos é indirectos, pero si no tenía alientos el gobierno para hacerlo ¿no era imprudente crearse enemigos y señalar al país á los que siendo sus enemigos se veía obligado á dejar en la impunidad aumentando así su perverso intento de cambiar á mano airada las leyes constituyentes de la nación?

Si el gobierno hubiese estado á la altura de Mina á quien envió á Cataluña para pacificarla, es seguro que la Santa Alianza se mostrara más reservada con España de lo que se presentaba en esos días.

Mina llegaba á Cataluña cuando la Regencia de Urgel tenía ya organizado su gobierno del cual formaba parte el arzobispo preconizado de Tarragona, Jaime Creus, y sus bandos sometidos á un militar de distinción, al barón de Eroles de Talarn, partidario de una modificación constitucional, ó mejor, como él decía, de una Constitución conforme á las necesidades de la época.

Toda la alta montaña de Cataluña estaba por la Regencia, y Balaguer, Ripoll, Berga y Olot eran sus principales centros. Los navarros, á quienes Quesada había igualmente disciplinado; al saber que su compatriota Mina se dirigía á Cataluña, vinieron á su encuentro dispuestos á darle un disgusto.

Mina principió por anunciar á los pueblos que serían tratados con el mayor rigor si oponían resistencia á las tropas leales, y Mina cumplió su palabra. Dividió sus fuerzas, que no eran muchas, en cuatro cuerpos, uno al mando de Milans á quien confirió el de los corregimientos de Vich y Girona; otro al de Manso á quien dejó el mando de Tarragona; y á Rotten, más enérgico y decidido que el mismo Mina, un verdadero terrorista, le entregó el de los corregimientos de Manresa y Cardona cuyas ciudades había embestido inútilmente el barón de Eroles. Mina con su columna volante salió de Lérida á donde había llegado el 9 de Setiembre y fué á poner el cuartel general en Calaf.

Acorralados los facciosos por las tropas leales hacia la parte alta de Cataluña, Mina penetró re-

sueltamente por ella en busca de un golpe decisivo que dió en Castellfullit, cuyo pueblo se empeñó en defender el fraile Badals, alias Romanillos, siendo causa de la ruina completa del pueblo, pues habiéndose apoderado de él Mina, lo incendió, fijando sobre sus ruinas un cartel en el que decía: «Aquí existió Castellfullit. Pueblos, tomad ejemplo; no abriguéis á los enemigos de la patria.» Cruel fué el golpe dado por Mina, pero si el fin justifica los medios, Mina quedó justificado, pues desde aquel día, — 23 de Octubre, — la insurrección marchó á la ruina. En efecto, el 26 de Octubre, Mina derrotaba en Torá al barón de Eroles que había concentrado

en dicho pueblo á cuatro de sus mejores jefes; y el día 2 de Noviembre penetraba Mina en Balaguer sin disparar un tiro. No se descuidó Mina y marchó al encuentro de la Regencia entrando en la Pobleja triunfalmente, principiando al fin, — 21 de Noviembre, — el sitio de Urgel cuya ciudad ó fuertes defendía Romagosa.

Eroles quiso, durante el sitio, acudir en socorro de su compañero de armas, pero Mina le salió al encuentro en Puigcerdá, — 28 de Noviembre, — lo batió y lo arrojó á Francia á donde se había refugiado la Regencia. La Seo de Urgel después de dos meses de sitio se rindió al esforzado general.



Estudiantes alemanes, en 1820. (De grabados de la época)

De modo que en menos de medio año había logrado Mina acabar con la insurrección de Cataluña que tantos alientos daba á los realistas, demostrando á los absolutistas europeos que los liberales españoles se bastaban para dominar la guerra civil. Este aviso no lo echaron en saco roto los autores de la Santa Alianza.

Si la Santa Alianza se veía provocada por los triunfos de los liberales sobre sus soldados voluntarios, Portugal la llamaba fieramente á la Península creyéndose seguramente guardada por España á cuyas espaldas la desafiaba.

Portugal había protestado enérgicamente contra la intervención de Austria en Nápoles; Portugal reclamó explicaciones de Francia sobre lo que había dicho de que solo eran legítimas las Constituciones otorgadas por los príncipes, — verano de 1822, — y los lisboenses se encargaron de hacer salir á pedradas los representantes de las naciones extranjeras, por no haber iluminado sus casas los embaja-

dores de Austria y Roma al celebrar la proclamación de su Constitución. Pero Portugal no pensó ni siquiera un momento en que podría llegar un día en que la Santa Alianza asomase por los Pirineos y que en este día la libertad naufragaría en toda la Península. De haber pensado en ello se hubiera desde el primer día unido á España para defender la Península contra el extranjero.

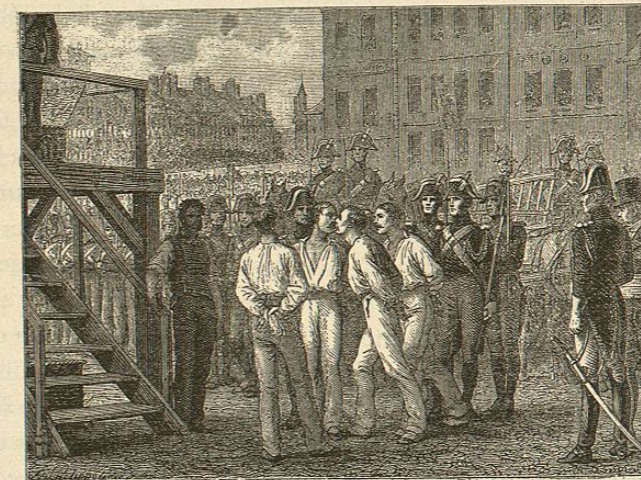
La historia de la revolución ó regeneración de Portugal, no se parece á la de España, aunque con ella tiene sus puntos de contacto.

Contra la regeneración se desataron las clases privilegiadas. El clero que no recibió bien la supresión de la Inquisición que se votó en las Cortes por unanimidad, que no pudo ya sufrir que el gobierno para aliviar á los agricultores se encargase de satisfacer sus contribuciones eclesiásticas, que puso el grito en el cielo cuando se redujeron los días festivos de ciento treinta y nueve á ciento trece, cuando vió á las Cortes intentar la reforma monástica y la reduc-

ción de los derechos de estola y pié de altar, se salió de sí mismo y la emprendió contra la regeneración con un furor digno de los curas y frailes que ya en España militaban contra los liberales con el mismo furor con que sus antecesores habían militado contra los moros. En lo que las Cortes portuguesas faltaron fué en querer abolir el celibato; en esto las Cortes se metieron en un terreno que les estaba vedado. Las Cortes podían y debían abolir los votos de clausura, pero dejar en paz á cada uno para vivir con arreglo á su conciencia.

La necesidad de enjugar la enorme deuda de Portugal, la necesidad imperiosa de hacer grandes

economías, y de levantar el trabajo de su estado tremendo de abatimiento, dió por resultado que á cada contribución señorial que abolía se hacían el gobierno y la regeneración un sinnúmero de enemigos sin aumentar por esto el de sus amigos, que son los que salían beneficiados supeditados al clero, pues si eran bastante positivistas para aceptar y guardar lo que la revolución les concedía, eran, á su entender, bastante hábiles para no agradecerse, estimando inminente la posibilidad de un cambio que les pusiera de nuevo á merced de sus antiguos señores. De lo que resultaba que á pesar de todas las reformas, el país continuaba como antes, y ese espec-



Muerte de los cuatro sargentos de la Rochelle

to de inmovilidad continuó hasta 1830, en cuya época von Eschwege lo hacía constar con asombro.

¿Indica esto que las reformas eran pocas y poco profundas, y que las Cortes no comprendieron su misión? El programa de la revolución portuguesa lo trazó Carneiro en muy pocas palabras: «No llegaremos á nada, dijo, si no abrogamos cada día trescientas leyes, si no abolimos diariamente sesenta empleos y si no suprimimos veinte funcionarios por día.» Este programa no pudo cumplirse en toda su extensión, pero no hay duda de que intentaron su realización los ilustres patricios portugueses que se pusieron al frente del movimiento regenerador de su patria: los Moura, los Borges, Carneiro, y los Fernández Tomás.

¿Por qué los empeños de estos patricios quedaron defraudados? Porque iban más allá de lo que el país portugués podía consentir y porque se salieron de las condiciones de la realidad. Esto se vió claro al tratar la cuestión de la reducción del ejército. Ya hemos visto que Portugal sostenía un ejército su-

perior á sus fuerzas y que el generalísimo inglés lo mantenía á tal altura con fines políticos que no convenían á Portugal. Su reducción se imponía para aligerar las cargas del Estado, y esta reducción se hizo creándose la reforma millares de descontentos entre los que fueron declarados de cuartel. Ahora bien; si por un lado esta reducción se imponía, por otro lado Portugal, que con tanta altanería trataba á los poderosos soberanos de la Santa Alianza, había de preveer que podía llegar el momento de tener que defenderse de los soldados de la fe, y que llegada que fuera esta ocasión, lo mejor que podía sucederle era combatir al lado de España; pero solo unos pocos vieron clara esta contingencia en Lisboa y Portugal desarmaba en los mismos momentos en que la Santa Alianza se armaba contra los pueblos peninsulares mediterráneos.

Luégo fué imposible á los regeneradores resistir á las corrientes radicales que se establecen en todos los pueblos oprimidos al estallar una revolución. Minoría los que habían triunfado de la apatía